

Mi Barrio Inexistente



La tienda de golosinas se ha convertido en un espeso manto verde donde los perros defecan y la gente pisa por donde antes crecía la vida, las historias de sueños y las dificultades humanas.

Vivo delante de mi barrio inexistente. Aquel que olía a café, a pescadito frito y a sopa de caldo recién hecha. El de la ayuda solidaria y las miradas encendidas. Aquel en el que los niños inventábamos juegos con cajas de cartón y carreras de chapas intercalando las gomas, la charranca o el pica pared.

Hoy me siento en lo que fue mi casa para seguir escuchando el zumbido del tren en la añoranza de mis recuerdos; aquellos que me han ayudado a construir a la mujer que soy y que cobijan a la niña que duerme en mi. La niña de la Perona.

El Territorio

El barrio de la Perona constaba de dos partes: la Ronda de San Martín y el Fondo de San Martín. La Ronda de San Martín comenzaba en el puente Espronceda, entre la calle del Clot y la calle Guipúzcoa y llegaba hasta la altura de la iglesia de San Martín (Puente del Trabajo). Los que vivían en esta parte del barrio eran personas llegadas de diversos puntos de España. Mayoritariamente de Andalucía. Venían a Barcelona con la única ambición de encontrar trabajo, y sacar a sus familias para delante.

El Fondo de San Martín comenzaba a partir del Puente del Trabajo y acababa en la Rambla Prim. Esta parte de barrio era una especie “de guetto”. Lo habitaban personas marginales y de diferentes etnias, básicamente de la etnia gitana.



Las Dos Peronas

La Perona en sus primeros años estaba habitada, en su mayoría, por gente “paya”; por este motivo, hubo una delimitación dentro del mismo barrio, una línea invisible que conocían muy bien todos los que allí vivían. Una especie de pacto no escrito: todos sabían hasta donde podían llegar, los “payos” no iban a la parte de abajo. Y los “gitanos” no subían a la parte de arriba. Este hecho no era conocido solamente por los moradores del barrio, sino también por los que vivían fuera de él. Muchos de ellos acortaban camino por el interior de la Perona para llegar antes a su casa. Sin embargo, atravesar el Puente del Trabajo era otra cosa, sobre todo de noche.

La Construcción del Barrio



La barriada se levantó con rapidez; a pesar de que estaba prohibido construir, cada día al amanecer, se descubría una nueva vivienda. Los ocupantes resguardados en la oscuridad de la noche, levantaban tabiques, ponían techos y puertas antes de que el alba se asomase reveladora. (Si al amanecer no estaba puesto el techo y la puerta de la barraca, pasaba un camión que derribaba todo lo construido).

Los vecinos se ayudaban los unos a los otros aunque no se conociesen. El padre Luis, párroco de la iglesia de San Martín impedía que derrumbaran las barracas que ya tenían puesta la puerta. La parroquia ayudó y colaboró no sólo

en el desarrollo de la Perona sino en las mejoras y calidad de vida de sus inquilinos. Para agradecerle al padre Luis su solidaridad y apoyo, los pobladores de la parte de arriba hicieron una colecta y compraron para la iglesia una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Imagen que se puede ver a día de hoy en la citada iglesia.

Los moradores se fueron organizando para construir y mejorar el barrio: aprovecharon la cercanía con la vía del tren para arrojar allí todos los residuos, a modo de desagüe construyeron pozos muertos que desembocaban en ella, hecho que provocó múltiples conflictos con RENFE. Se formó una comisión para recaudar fondos: todos los domingos por la mañana, las personas elegidas pasaban casa por casa recogiendo dinero, no importaba cuanto fuese, aunque se había decidido que el pago debía ser obligatorio. Gracias a esta iniciativa la parte de arriba de la Perona, en el año 1954, pudo tener electricidad. Poco después también empezaría



a llegar el agua corriente, aunque este proceso fue más lento; muchas personas tardaron algún tiempo en disfrutar las comodidades del progreso.

Los días de lluvia eran terribles. Por la premura de las construcciones, los tejados casi nunca quedaban bien acabados. Después de un aguacero, todos los hombres del barrio se encaramaban para arreglar los desperfectos, daba igual de quien fuese la vivienda, se arreglaba entre todos. También decidieron que tenían que acabar con el barrizal de las calles; el camino de tierra que bordeaba a la Perona y sus barracas se convertía con la lluvia en un cenagoso recorrido para los vecinos y transeúntes. Desde la entrada situada en la calle Espronceda hasta bien entrado el barrio, se tiró un sobresuelo de cemento Portland que cubrió toda la tierra y convirtió aquel camino angosto en un paseo. También se levantaron dos pequeñas aceras a cada lado para que agua no pudiese entrar dentro de las viviendas. El encalado blanco de las casas y las macetas de flores emulaban los pueblos andaluces que muchos habían dejado atrás.

La cultura, las fiestas y las celebraciones



En el barrio, también se fundó una coral a la que llamaron Pastora. La coral recorría pueblos y plazas de toda Cataluña haciendo recitales; incluso obtuvieron varios premios.

La Niña de la Puebla y el Príncipe Gitano (Cantaores de la época) iban con frecuencia a visitar a sus parientes. Ese día había un gran revuelo y unos aires de festividad.

En el mes de mayo, la Perona se vestía de fiesta y engalanaba sus calles, se adornaba las ventanas y puertas con mantones blancos, colchas de encaje y flores por doquier. El aroma y colorido daba paso a la procesión que recorría el barrio entre cantos.

La Navidad era otra de las fechas emblemáticas de la Perona de arriba. En Nochebuena, un halo de luz y alegría parecía recorrer cada rincón de sus calles, ni siquiera aquellos más desafortunados estaban solos en esa noche larga que amanecía sin sueño. Las puertas estaban abiertas de par en par esperando la llegada de todo aquel que quisiese visitarles; a cambio, había que cantarle a Jesús recién nacido y agradecer la unión, la amistad y la botella de anís del

mono que iba de casa en casa tintineando al son de una cuchara, como si se tratase del más sutil de los instrumentos. El rey de una orquesta de potes y cazuelas. A medida que transcurría la noche, el grupo se iba haciendo más numeroso; se metían como podían en las casas agregándose al festejo.

Lo mismo ocurría con las verbenas. Las mujeres preparaban las cocas y luego las llevaban al horno para que se las cociesen, después cada uno aportaba a la fiesta lo que había preparado.

Las bodas, bautizos y comuniones eran, como no, días de alegría y fiesta popular. A pesar de la distancia que les separaba de la antigua iglesia de San Martín caminaba a través del barrio, poco a poco, luciendo las mejores galas preparadas para la ocasión. El cortejo desfilaba detrás de los novios; o de los padres, en caso de que fuese un bautizo, o de los niños y niñas que hacían su primera comunión. Las celebraciones se hacían en los patios y si la familia no tenía patio, se sacaban mesas a la calle y la festividad era pública y compartida por todos.

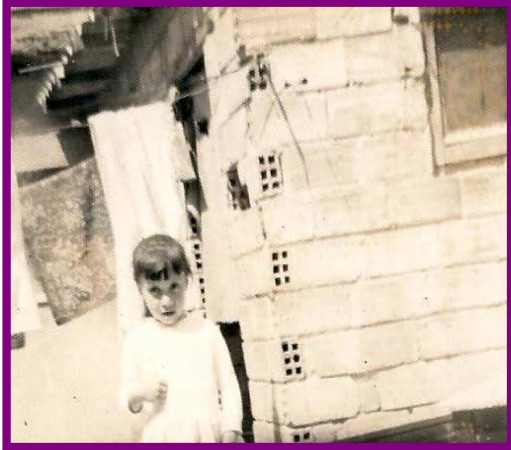
En una de las últimas barracas, antes de llegar al Puente del Trabajo, se habilitó un baile al aire libre. La casa disponía de un gran patio exterior y los domingos los chicos y chicas se congregaba allí bajo la estricta vigilancia de las madres o hermanos mayores, que “hacían de velas”; se les llamaba así porque estaban allí para controlar a los que pretendían festejarse. Años más tarde, los guateques fueron cogiendo relieve y la juventud se reunía en sus casas al son de un tocadiscos.

La vida en la Perona

La vida en la Perona no era fácil; las barracas no cumplían las condiciones básicas mínimas que requería una vivienda. La Perona se levantó en suelo público y las construcciones eran ilegales, por eso, nadie se hizo cargo institucionalmente de las mejoras de salubridad indispensables. Los barraquistas hacían lo que podía para que su familia estuviese lo mejor posible. Y el resto, lo arreglaban con colectas,



o entre todos, de una manera democrática y con un gran sentido de la relación vecinal. Las personas que vivían en la parte de arriba de la Ronda de San Martín eran gentes sencillas con vidas humildes y muchas privaciones. Trabajaban desde que el sol salía hasta el anochecer. Con un solo interés prioritario, “sobrevivir” con honestidad y coraje para salir adelante. Las circunstancias que los trajeron a la Perona fueron distintas para cada familia, pero la mayoría llegaron hacinados en “El Sevillano”, el tren que hacía el recorrido desde Andalucía a Barcelona. Llegaban aquí huyendo de la posguerra, el hambre y la falta de trabajo. También hubo quien vino desde otros puntos de la geografía española he incluso personas de la ciudad venidas a menos.



Ese fue mi barrio, un barrio lleno de circunstancias y sabiduría. Por eso me entristece que la historia haya olvidado a todos aquellos que vivimos y luchamos en aquellas calles. Es como si nuestras vidas, nuestros sufrimientos, nuestros sueños y alegrías jamás hubiesen existido. Ahora, la Perona solo se recuerda por la marginación y la decadencia. Yo me pregunto: ¿En qué nos convierte esto a todas aquellas otras personas que vivimos allí? que nacimos y crecimos en aquel pueblo pequeño, donde todos eran uno y cada uno de ellos era uno de los demás.

Una vez más los árboles no nos dejan ver el bosque; un bosque que silencia una parte importantísima de la

historia de nuestra ciudad y nuestro querido barrio de San Martín. Ahora, con la construcción de la estación del AVE en ese territorio quedaremos enterrados de por vida, sin recuerdo ni memoria. Cuando nos hayamos ido nadie sabrá que existimos.

La Niña de la Perona

Estoy donde quiero estar
viviendo toda mi vida.
La que me llenó de amor,
la que me hundió en la desidia.
La que culminó mi cuerpo
con sus células divinas,
la que me arrancó del sueño
de la dulce fantasía.
Estoy, donde quiero estar
desde que era una niña.
Llorando todo el rencor
renunciando a quien me obliga.
Compartiendo sentimientos
abrazando las caricias,
amando como me aman
aposentada, en mi silla.



**Carmen Gómez, la niña de la Perona
que vio cumplido su sueño**

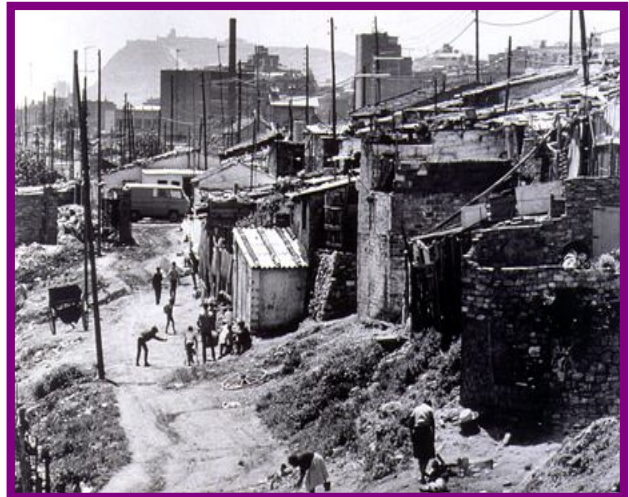
La Perona de abajo



En esta parte del barrio había más de 300 barracas habitadas básicamente por familias de la etnia gitana. Fue denominada como un sarpullido urbanístico y fuente de todos los males de inseguridad ciudadana.

Como se puede apreciar en esta foto en aquella época los habitantes de esta zona ya tenían coches, cosa impensable para los que vivíamos en la parte de arriba. Los vecinos no eran organizados, la finalidad de sus aspiraciones y su forma de vida era completamente distinta a los vecinos de la parte de arriba.

Del año 1947, año en el que se inauguró, hasta el 1989 año, en que fue demolida totalmente, la Perona, sufrió varios cambios demográficos sustantivos. En el año 1966, se decidió celebrar unas maniobras militares en el Somorrostro barcelonés, junto a la playa de la Barceloneta, y se desalojaron las chabolas de la zona, cuyos moradores fueron a parar a unos barracones provisionales en San Roque, junto al estadio de Montjuïc y a la Perona, porque el *Caudillo* no podía presenciar aquel desafortunado panorama. A los pocos días, se decidió levantar en Montjuïc un parque de atracciones y de nuevo los barraquitas fueron a parar a la Perona. Fue entonces cuando la población se desorbitó y empezaron a salir barracas de cualquier sitio.



Cuando empezó a aumentar el poder adquisitivo de las familias, muchos se marcharon, y dejaron las barracas a la intemperie. Una remodelación del ayuntamiento propuso que todos aquellos que quisieran, podían acceder a un piso, a cambio de la placa del número de la puerta y 25.000 pesetas de la época. Mucha gente canjeó su barraca y se fue al piso del barrio de la Mina. Los pisos se construyeron para albergar a las familias y acabar con el barraquismo. Anteriormente, ya había habido otra remodelación y se habían marchado muchas familias al barrio de Pomar. Pero, al no demoler las barracas según se iban quedando vacías, otros inquilinos poblaron la Perona y se acabó

convirtiéndose en un polvorín que se fue cargando y cargando en sus últimos diez años de existencia, dejando tras de sí, el recuerdo nefasto que la precede.



La desaparición de las barracas

En el año 1974 empezó el derrumbe de las barracas con el traslado de 180 familias al barrio de la Mina pero no fue hasta 1989 que las dos Peronas dejaron de existir, dando paso a lo que hasta hoy es el parque de San Martín. Aunque ya por poco tiempo.

